

Cantinflas

Pedro Pablo Paredes

El arte, cualquiera que sea, se nos hace siempre un tanto misterioso. ¿De dónde nos lo saca ese profesional admirable que reconocemos con el nombre general de artista? Lo sabrá, naturalmente, él todos los días. El caso es que ese artista, músico o poeta, pintor o escultor, se nos presenta siempre como individuo distinto a todos los otros del común. Pero, pensándolo muy bien, y con toda la admiración que nos es posible, el artista es, en cada una de las especialidades estéticas, un hombre diferente. Distinto en la música y distinto en la pintura. Distinto en la poesía y distinto en la escultura. El tema, sobre ser grato, es, indudablemente, apasionante.

Soltamos todo esto recordando a un ilustre y admirado mexicano que se nos presentó, en la vida real, con el nombre común y corriente de Mario Moreno. Pero que, no obstante el nombre, pasó a la historia del arte hispanoamericano con nombre que se nos volvió extraordinario. Ya hecho y derecho en su especialidad creadora, lo reconocimos todos con el nombre extraordinario de Cantinflas. Un artista del cine que hizo del cine, precisamente, su coto cerrado de artista. Queremos decir: del muy admirado Cantinflas, que llegó a ser todo un genio de la comicidad. ¿A qué horas de su vida, cualquiera que haya sido esta vida, se descubre como artista un artista? Tal vez, el mismo artista, ya consagrado y todo, no nos sabría aclarar la pregunta. El arte, como ya dijimos, es un tanto misterioso. De esta regla no ha escapado nadie. Ni el admirado Cantinflas.

Y el arte, pues, suele estar ahí completamente esperando descubrimiento. Está ahí en la realidad exterior. O está ahí mismo en la otra realidad: la realidad íntima. De una de estas dos realidades salió Cantinflas para pasar a la historia de nuestra cultura hispanoamericana. ¿Le tocó la sensibilidad, el día menos esperado, el ambiente dentro del cual se desempeñaba? ¿O fue su actitud personal, tan característica, pura premonición? Pudo ser lo uno. Pudo ser lo otro más bien. Recordemos, siquiera por un instante, la genialidad de Cervantes: ¿qué habría sido él si no se hubiera encontrado de manos a boca con Don Quijote? El inmortal caballero nos lo trajo del brazo a la inmortalidad. Así mismo, quién sabe qué vecino mañoso y desocupado a tiempo completo, gozaba de la vida haciendo reír a los vecinos. Y al artista que soñaba con trascender de alguna manera, al no más tropezarse con Cantinflas le montó ese nombre. Y no necesitaron más para pasar a la historia. El secreto del arte se había hecho patente para todos. ¿Cómo olvidarnos de Cantinflas?